La niña y el Anciano

Cuento de Navidad 2009



Textos, fotos y maquetación:
José Gómez Muñoz
Granada, Andalucía, España
Navidad del 2009

Sin embargo, quiero que sepas, que yo creo firmemente que es muy importante desear las cosas en el corazón. Y esta noche, más. Todas las cosas buenas que deseemos para todas aquellas personas amigas que nos quieren o han querido, de alguna manera se harán realidad. Por eso mantengo que lo que importa, por encima de todo y en esta noche, es recordar a las personas queridas y desear para todas ellas lo mejor. En algún lugar del Universo y algún día, todos nos encontraremos y tendremos allí con nosotros todo lo que siempre hemos apetecido y soñado en esta vida.

El Anciano, durante mucho tiempo y siempre pensando en el día de la Navidad y en el regalo para la niña, estuvo trabajando. Pacientemente tallando pequeñas estatuillas de madera: Un pastor con su cayado, un camello, un borriquillo, dos o tres ovejas, la imagen de un niño durmiendo, San José, la Virgen… A escondidas siempre para que ella no lo viera porque quería darle una sorpresa y poniendo en su trabajo todo el interés y el mayor cariño.

Cuando salía de paseo por algunos de los rincones de las montañas que rodean al Cortijo de la Viña, buscaba ramas secas. De fresno, de noguera, de pinos, de álamos, de robles y encinas, de cedros… Y prefería aquellas ramas que estuvieran sanas y, al mismo tiempo, secas y que mostraran colores bellos. Cuando alguna vez

la niña lo veía cortando estos trozos de madera, le preguntaba:
- ¿Para qué los quieres?
Y él le respondía:
- Te lo diré en su momento.
Y siempre cortaba los trozos con su navaja pequeña, los guardaba en la mochila y, cuando estaba en el cortijo a solas en su habitación, se ponía a trabajar con paciencia. Teniendo, a todas horas en su mente, la imagen de la niña y el recuerdo de ella.

Hasta que unos días, todavía antes de la Navidad, llamó a la niña y le dijo:
- Tengo para ti un regalo especial.
- ¿De qué se trata?
- Ven y verás.
A toda prisa subió con él a su habitación y, al abrir la puerta, le mostró encima de la cama, su pequeña obra de arte. La niña se le quedó mirando y no sabía qué decirle. Él sí le comentó:
- Llegará la Navidad dentro de unos días. Y, como el año pasado y el anterior querías un belén especial para ti, este año quiero colmar ese deseo tuyo.
Y preguntó ella:
- ¿Para esto querías todas aquellas ramas secas que recogías cuando íbamos por los campos?
- Para tallar las estatuillas que, en forma de belén, en estos momentos te regalo.

Contenta ella como la más feliz de todas las niñas del mundo, dijo al Anciano:
- Pues ahora tienes que ayudarme a ponerlo en la sala grande. Junto a la chimenea, cerca de la ventana y en el mismo lado en que se sentaba ella. Para que tu obsequio sea el más completo de cuantos regalos nadie nunca haya hecho y como un hermoso homenaje a su recuerdo.

Y el Anciano se sintió contento y muy bien pagado. Ella de nuevo le reveló:

- Y también quiero que, a partir de ahora y en estos pocos días que aun quedan para la Navidad, me ayudes a encontrar las cosas necesarias para decorar con la dignidad que se merece, este belén que me regalas y el árbol.

- No te preocupes que eso está hecho.

Y pocos minutos después, los dos y con el apoyo de la madre, ya estaban montando el belén justo donde la niña quería: En la sala grande del cortijo, a la derecha de la chimenea y justo en el mismo sitio donde tantas veces se había sentado ella.

19 de diciembre

I- Llovió a lo largo de toda la noche. Sin parar en ningún momento y con chaparrones fuertes aunque sin viento. Y comenzó a notarse el frío según la noche avanzaba y por eso parecía que, también en algún momento, la lluvia se convirtiera en nieve. No fue así. Según la noche trascurría, la lluvia siguió cayendo mansa y persistente sobre las ramas de los árboles, sobre los grandes charcos en el suelo, sobre el empedrado, en la entrada del cortijo y sobre los campos, a lo ancho.

Ya de madrugada, el Anciano dejó su cama, abrió la ventana que da al acebo viejo y se puso a escuchar el chapoteo de la lluvia. Embelesado y al mismo tiempo como trasportado a un mágico sueño. Para sí y dentro de su alma, quedamente susurraba: “Una Navidad más, Dios mío, que llega y un año más sin ella. Y esperando cada día, cada hora, cada momento, a ver si aparece y ni el más mínimo consuelo. ¡Qué larga, cielo santo, es esta espera, este vacío, este desconsuelo!”

Y, estaba él rumiando los recuerdos mientras gozaba la caricia de la lluvia en el alma y meditaba, cuando se le acercó la niña. Recién levantada y, por eso, con sus ojos aun llenos de sueño y con la cara toda bañada en amapola y malva. Se puso al lado del Anciano, miró despacio, dejó que pasara un rato y luego dijo:

- Yo ya estoy preparada. Cuando tú quieras nos ponemos en camino.

- Con esta lluvia tan recia nos empaparemos. Pero lo que digas tú. ¿Vamos o lo dejamos para mañana?

- Ya sabes que a mí la lluvia no me asusta. Si tú te animas yo ya estoy dispuesta.

Salió la madre de su habitación, se acercó a la chimenea, removió las brasas de la lumbre, echó un puñado de ramas secas y al instante prendieron las llamas. Comentó ella:

- Os preparo el desayuno en un periquete.

Y comenzó a preparar las tostadas con aceite y el chocolate con leche. Poco después, sentados al calor de la lumbre frente a la chimenea, los tres saboreaban las tostadas recién hechas con una taza de chocolate calentito. Dijo de nuevo la madre:

- Poneros los gorros y los guantes, abrigaros bien y coged los paraguas. Las noticias dicen que hoy bajaran mucho las temperaturas y que caerá nieve casi por toda España. Y tened cuidado con los charcos, al cruzar el arroyo y con la cascada del Balneario.

El Anciano y la niña hicieron caso a la madre. Luego éste cogió su mochila gris y ella la suya pequeña y una linterna y, cuando todavía no había amanecido del todo, salieron por la puerta del cortijo. Envueltos en sus abrigos y bajo los paraguas. La lluvia seguía cayendo recia y persistente. Sembrando, a todo lo ancho de los

campos y oscuridad de la madrugada, su concierto de cristales blandos y dando vida a los pequeños arroyuelos, a los lados del camino y por las laderas. Comentó ella:
- Esto es el pórtico más real y bonito para recibir a la Navidad que dentro de nada llega.
Y se agarró fuerte a la mano del Anciano. Éste no hizo ningún comentario. Caminaba decidido por el camino que lleva a la Cañada de las Nogueras y acercándose al arroyo del manantial del Balneario.

Cruzaron la corriente saltando por unas piedras y siguieron. Rozaron las cascadas del Balneario, subieron por la Cañada de las Nogueras, de los naranjos junto a la acequia, cogieron unas cuantas mandarinas ya muy maduras, las guardó ella en su mochila y remontaron hasta lo más alto del Cerro de la Ermita. Comenzaron a divisar las luces de la ciudad allá a lo lejos. Volvió a comentar la niña:
- Mira qué bonita Granada, despertándose al nuevo día, bajo esta recia lluvia y velada en la frías nieblas.
- Sí que es bonita. Parece como si durmiera o se acurrucara en la espera de algo importante. Tú tienes razón en lo que dices: la lluvia, a veces, parece que asusta pero cuando cae como ahora y en un amanecer como éste, regala una fantasía tan grande que no tienen comparación con nada. La lluvia es bonita y muy buena.
- ¿A qué es una pena que no esté nuestra amiga?
- Una pena tan grande que hasta se convierte en tristeza.
Y el Anciano tragó saliva e hizo un esfuerzo para no dejarse revolver por los recuerdos.

Atravesaron el bosque de los castaños, se pararon un momento en el balcón de las encinas para contemplar las luces de la ciudad a lo lejos y luego comenzaron a bajar. Ya empezaba a verse el nuevo amanecer. Las primeras luces del día comenzaron a

perfilar las altas y blancas cumbres de Sierra Nevada, las laderas que desde estas montañas caen hacia la ciudad y la ancha Vega por donde se alejan los ríos de Granada. Volvió a comentar ella:
- Ya sabes que quiero comprar las más bonitas. Las de colores más vivos para que brillen mucho con los reflejos de las llamas de la lumbre.
- Tienes libertad para escoger las que a ti te gusten más.
La lluvia seguía cayendo.

Bajo los paraguas, descendieron lentamente hacia el encuentro de Granada. Entraron por las primeras calles del barrio alto, pisaron el empedrado de las estrechas callejuelas, de refilón, contemplaron algunos de los escaparates adornados con luces y figuras de Navidad y siguieron bajando. Sin prisa pero sin detenerse para llegar justo en el momento en que las tiendas abrieran. El frío, ya por las calles de la ciudad, parecía menos aunque la lluvia no cesaba. Y llegaron a la puerta del gran comercio. Todavía un poco antes de la hora de abrir y por eso esperaron un buen rato, refugiados en un rincón de la puerta grande. Dijo otra vez la niña:
- El color rojo es el que más me gusta y el azul y el verde. Recuerda tú que a ella, el color que también más le gustaba, era el rojo.
- Pues de estos colores cogemos todas las que tú quieras.

Abrieron las puertas del gran comercio, entraron mezclados ya con otras personas, recorrieron un amplio espacio y pasaron dentro. Sin perder tiempo, se fueron directamente a las estanterías donde estaban las cosas de Navidad y se pusieron a buscar. Despacio y cogiendo todo aquello que a ella le gustaba. Casi hora y media después, pagaban en la caja, metió el Anciano en su mochila todo lo que pudo y salieron de establecimiento. Ya era casi mediodía y la lluvia seguía sin parar. Sin

embargo, allá a lo lejos, se veían blancas las altas cumbres de Sierra Nevada. Relucientes como una sábana recién lavada. Comentó él:
- Allá arriba está nevando copiosamente.
Y susurró ella:
- Ojalá hoy también por aquí caiga mucha nieva.

No perdieron más tiempo. Subieron por las calles empedradas del barrio alto, al poco dejaron atrás las últimas casas de este barrio, cogieron el camino que lleva a la cresta del Cerro de la Ermita y, al coronar, la nieve les sorprendió. Primero, bandadas de copos pequeños y salpicados y luego, oleadas de copos grandes y muy apiñados. Dijo el Anciano:
- Vamos a parar y nos refugiamos un momento en el pórtico de la ermita. Yo sé que a ti te gusta la nieve y que estabas esperando verla caer. Desde aquí al cortijo nuestro ya queda poco y todo es cuesta abajo. Así que si la nevada es muy grande, salimos a toda prisa y en un periquete recorremos el camino y nos metemos en nuestro cortijo.
Y no se habló más. Tal como iban por el camino, se desviaron unos metros y se fueron derechos al pórtico de la Ermita. Aquí se refugiaron para ver más despacio y cerca, la nieve caer. Comentó de nuevo el Anciano:
- Y como en tu mochila traemos las naranjas mandarinas que cogimos de madrugada, al subir por la Cañada de las Nogueras, mientras vemos la nieve vestir de blanco todos estos paisajes, nos las comemos.
Y ella dijo que era una muy buena idea.

Durante un buen rato, casi una hora o algo más, estuvieron refugiando en el pórtico de la Ermita. Viendo nevar y saboreando las deliciosas mandarinas de las tierras del Cortijo de la Viña. Luego siguieron y descendieron despacio por la Cañada de las Nogueras.

La nieve, en muy poco tiempo, cubrió de blanco las laderas del lado norte del Cerro de la Viña, las huertas de los naranjos y por donde el Cortijo. Llegaron, entraron, saludaron a la madre y dijo la niña enseguida:
- Ya hemos cumplido un buen trozo de nuestro sueño.
Aclaró la madre:
- Y el árbol ya lo tengo preparado. Vuestro acebo de siempre y el que a ella le gustaba tanto.
A la derecha de la chimenea, se veía una gran maceta de barro y en ella, un acebo de metro y medio, repleto de bayas rojas.

Enseguida la niña se preparó para decorarlo, pidiéndole al Anciano que le ayudara. Sacó éste de su mochila las bolas brillantes y las cintas de colores. Ella las fue trabando en el árbol, con mimo y cuidado. Las de colores azules, a la derecha, las de colores verdes, a la izquierda y las rojas, en el centro y frente a las llamas de la lumbre. Y en el centro total de las cintas rojas, colgó la más brillante y ancha. Miró al Anciano, miró a la madre y aclaró:
- Ésta es especial para ella. El color rojo brillante era el que más le gustaba. Por eso quiero que destaque entre todas las demás y que brille con fuerza a la luz de las llamas de la candela. Para que esté muy presente y cerca de nosotros en estas fiestas y que compruebe que no la olvidamos.

Subió el Anciano a su habitación y al instante bajó las escaleras. Se acercó al árbol y a la hermosa cinta roja, abrió sus manos y en el centro de la cinta enganchó un pequeño rótulo, tallado por él y en madera de roble, que decía: “TE RECORDAMOS, ALBINA, Y TE QUERMOS. FELIZ NAVIDAD”.

20 de diciembre

II- Se abre el nuevo día, hoy domingo veinte de diciembre y el sol brilla. Con un resplandor intenso y blanco, casi parecido al hielo. Sí, hielo porque esto es lo que la noche ha dejado por el Cortijo de la Viña, a lo ancho de los campos, por el río y arroyo, por las cumbres de Sierra Nevada, por Granada y la Vega y por toda España.

En la sala del Cortijo de la Viña, junto a la lumbre y cerca del árbol de Navidad, los tres se calientan. Mira el Anciano por la ventana, la que da al acantilado del río y medita. La madre trajina en la lumbre y la niña comenta:

- Ya se acaba el otoño. Hoy es su último día y, de su mano, llega el invierno y la Navidad por entre las nieblas. ¡Si ella también llegara…!

Y el Anciano:

- El invierno es frío pero siempre parece, de las cuatro estaciones del año, la más íntima. El otoño, un poco pero no tanto. Y la primavera y el verano, como si buscaran que todo y la vida misma, se derrame hacia fuera, para dejar el corazón vacío. El invierno siempre vuelca hacia dentro y llena. Por eso es, según yo creo, de las cuatro estaciones del año, la más auténtica.

La niña calla. También la madre. En el acebo que hay fuera y debajo la ventana, se oyen los canturreos de los gorriones. Y, en el aire, el frío hielo, tiembla acurrucado. Y sin embargo, la mañana es muy hermosa. Como si en ella se estuvieran dando el más sincero abrazo, todos los recuerdos, el otoño que se marcha, el invierno que llega y la Navidad que asoma por entre las nieblas.

21 de diciembre

III- Según ayer el día avanzaba, el cielo se fue nublando. El sol fue poco a poco ocultándose y, al caer la tarde, de nuevo parecía invierno otra vez. Se levantó el viento, bajaron las temperaturas y, al fondo de las montañas, todo comenzó a oscurecerse. Desde el Cortijo de la Viña se veían las blancas cumbres de Sierra Nevada y las densas nubes cubriendo por encima.

A media tarde, la niña dijo al Anciano:
- Llévame al acantilado. Quiero ver las cascadas del río y, de paso, coger madroños si ya están maduros.
Y el Anciano le hizo caso. Con su mochila acuestas, el gorro de lana para el frío y sus botas, salieron del cortijo. Tomaron la senda que va por entre los almendros y los olivos y, dos horas antes de que se pusiera el sol, ya estaban en el acantilado. Sobre el balcón que se cuelga en las rocas y desde donde se ve todo el gran cañón del río, parte de la ciudad de Granada y la Venga por donde cada tarde el sol se marcha.

A la derecha del balcón, crecen espesas las madroñeras, un poco más abajo, las encinas y luego las higueras. Y de las madroñeras colgaban rojos los racimos de madroños, engalanados con los pequeños ramos de florecillas blancas. Al verlos dijo ella:
- Parece como si estos arbustos adivinaran que la Navidad llega. Porque justo todos los años por estas fechas, se llenan de frutos rojos y de mil florecillas inmaculadas.
- Los madroños son frutos de invierno y por eso siempre maduran por Navidad.
- Quiero coger muchos para colgarlos en el árbol y junto al belén que tú me ha regalado.

Y la niña, ayudada por el Anciano, cogió un buen puñado de ramas de madroños repletas de frutos todos

muy rojos y algunos amarillos. Y los fue acompañando con ramilletes de flores en forma de campanillas blancas. Luego, se acercaron a las encinas y cogieron también muchas bellotas, algunas piñas, un poco de musgo de las rocas del acantilado y, poco después, subían de nuevo al balcón y aquí se quedaron un buen rato. Viendo la espléndida puesta de sol al fondo de la Vega de Granada y embelesándose con los colores del atardecer. Dijo de nuevo ella:

- Las hojas amarillas, de álamos, nogueras y membrillos, para la alfombra en el belén las cogemos mañana del Puntal de los Almendros.

Desde el balcón, el Puntal de los Almendros, se veía allá a los lejos. Y por la cañada, resaltaban los álamos cimbreados por el viento y, de sus ramas, escapándose las últimas hojas del otoño. Comentó el Anciano:

- Es como si en la última tarde, el otoño quisiera llevarse con él, todos los colores que a lo largo de estos meses ha ido dibujando por estos bosques. Quizá para entregarle al invierno, lo más limpio y claro, su auténtico traje ceniza plomo.

Comentó de nuevo ella:

- Y cuanto más hermosos son los atardeceres y más se engalanan los campos en estos días, parece que más necesidad hay de que esté ¿verdad?

Y el Anciano confirmó añadiendo:

- Porque esta cosecha de madroños, con este día ya de invierno y la Navidad llamando en la puerta, claro que sí sería distinto si estuviera.

- Lo pondremos todo junto al árbol y en el belén para seguir soñando que aun vive entre nosotros y que, en cualquier momento, puede que vuelva.

Poco después, subían por el camino hacia el cortijo. Arropados por los colores de la puesta de sol y besados por el aire frío de las primeras horas del invierno.

22 de diciembre

IV- El camino, a las alamedas del arroyuelo, sube por dos sitios diferentes: por el cauce de las rocas, rozando los manzanos de la huerta de en medio y por el cauce de los manantiales, tocando las huertas de la parte alta. Éste último, es el camino más cómodo y bello para ir desde el Cortijo de la Viña a las alamedas del arroyuelo. Y lo es fundamentalmente por dos cosas: porque se eleva más en la ladera dejando ver, mientras se recorre, los charcos y cascadas del cauce y también porque roza las fuentes agrias. Las de las aguas con sabor a hierro.

Ayer por la tarde, a primera hora, llovía a cántaros. Empujadas las lluvias y las nubes por fuertes ráfagas de viento pero sin apenas frío. En el Cortijo de la Viña, junto a la lumbre de la sala grande, la niña preguntó al Anciano:

- ¿Te acuerdas del arroyuelo de las alamedas?

- Claro que me acuerdo. Es ese el rincón que más le gustaba a ella y donde compartió con nosotros sus mejores juegos.

- Pues todavía me falta, en el belén que tú me has regalado, la alfombra de hojas otoñales. Y tú sabes que en el arroyuelo de las alamedas, por estas fechas, con esta lluvia y viento, las hojas se amontonan por el suelo. Llévame y cogemos una cesta llena.

La madre estaba escuchando. Y ella, sin que se lo pidiera nadie, cogió enseguida la cesta de juncos que hacía unos días el Anciano había regalado a la niña. Obra

de arte tejida con sus propias manos y, por eso, de valor y belleza incalculable. Dijo la madre:
- Aquí tienes la cesta. Y os traéis de por allí, algunas ramitas de romero. Por estas fechas y junto a las alamedas, muchos años ya han florecido. Las pondremos también junto al árbol y en el belén para que todo esto se vaya perfumando.
Cogió la niña su cesta, el Anciano su mochila y gorro de lana y salieron del cortijo. Cuando la tarde estaba cayendo y el viento en calma. También la lluvia había parado, aunque el cielo todo se veía cubierto de espesas nubes negras y con mucho aspecto de de crudo invierno.

Bajaron dirección a la Cueva del Belén, por donde el año pasado se helaron las cascadas y cruzaron el arroyo del Balneario, a la altura del Charco de las Nogueras. Donde también el otro año y en verano, se bañaba ella y tomaba el sol recostada junto a la niña, en la verde hierba de la rivera. Comentó ésta, cogida a la mano del Anciano:
- Y también me acuerdo ahora cuando aquel día subíamos por aquí de regreso del bosque de los robles. Ella venía jugando y era feliz con todo lo que encontrábamos a nuestro paso. ¿No te recuerdas tú?
- Sí que me acuerdo y, en este momento, siento como si a todo por aquí, le faltara la luz que irradiaba en aquellos días.

Caminaron un trecho siguiendo el curso del arroyo hacia el río y luego empezaron a subir por el segundo camino, el que va por donde los manantiales de las aguas con sabor a hierro. Y, mientras remontaban hacia el arroyuelo de las alamedas, con mucho interés, se iban fijando en los paisajes. De las ramas de los majuelos colgaban, redondas y rojas, las majoletas. Y de cada una de estas bayas, colgaban gotas de agua. También de las últimas hojas todavía en algunas de las ramas de los

robles y de los juncos, por donde los manantiales de aguas agrias. De las ramas de los almeces, ya no colgaban ni hojas ni frutos. El viento y las lluvias las había dejado peladas. Pero por el suelo, entre la hierba y trabadas en los juncos, romeros y aulagas, sí se veían muchas almecinas. Muy maduras ya y todavía sin pudrir. Comentó ella:
- Tengo también que coger algunos puñados de estas bayas. Su color azul intenso me gusta mucho y también son una buena representación de los frutos silvestres de invierno.
- Pues luego cogemos todos los que quieras tú.

Y, a continuación, el Anciano comentó:
- Si ella no viene para la Navidad que llega dentro de unas horas, el cielo sabrá siempre que la hemos recordado en muchos de los momentos de estos días y por estos campos.
Ahora ella no dijo nada.

Siguieron caminando despacio y, cuando ya se acercaban a las aguas del arroyuelo de las alamedas, sí comentó:
- ¿Y te acuerdos de los versos que escribiste, en las tardes aquellas mientras nosotras jugábamos en las aguas de los charcos del arroyuelo?
- Me acuerdo hasta por las noches cuando duermo.
- Pues luego, si tenemos tiempo y la lluvia no aparece otra vez, cuando hayamos recogido todas las hojas que necesito para mi belén, nos sentamos junto al almendro que a ella le gustaba tanto y me recitas algunos de esos versos.
- Si tenemos tiempo haré lo que me pides.

Llegaron a los primeros charcos del arroyuelo, por donde los álamos se clavan al borde mismo de las aguas. Y por eso, en el musgo y en la hierba a los lados

del cauce, las hojas amarillas de los álamos, dormían como esperando. Anchas y espesas alfombras de hojas, todas llenas de otoño, con gotas de lluvia, relucientes como espejos y mostrando los colores más vivos. Dijo la niña:
- Tú llevas la cesta y yo busco y voy cogiendo las que más me gusten.
Y el Anciano cogió la cesta de juncos, dejó que ella se fuera por los lados del arroyuelo en busca de las hojas más bonitas y caminó despacio, siguiendo el surco del cauce. Las aguas del arroyo hoy no bajaban claras como sí en primavera, verano u otoño. Las lluvias caídas en las últimas horas y en esta tarde misma, al correr por las laderas por donde los olivos y almendros, habían arrastrado tierra y por eso el agua bajaba algo turbia. Casi del mismo color que las hojas de los álamos y mostrando un poco los matices de los colores del invierno. Pero el arroyuelo bajaba repleto, hermoso como el sueño más bello y todo lleno de secretos y misterios.

En una media hora, la niña llenó su cesta con las mejores hojas que fue encontrando. Las de colores más vivos, las más tersas y las que tenían forma de corazón. También cogió muchas hojas de robles, algunas ramas de romero con sus flores y hasta un buen puñado de setas. Las últimas setas del otoño todavía por esta alameda. Y comentaba mientras recogía estos hongos:
- ¿Te acuerdas?
- Me acuerdo del día que asamos setas en la lumbre que hicimos entre los castaños. Hacía frío y ella casi tiritaba pero se le vía muy feliz compartiendo con nosotros estos juegos y rincones.

En este mismo momento se quedó mirando fija por donde el arroyuelo se iba. La observó el Anciano y

esperó a ver qué pasaba. Y lo que pasó es que ella, de pronto lanzó como un pequeño grito de alegría y dijo:
- ¡Fíjate lo que hay ahí!
Miró el Anciano y preguntó:
- ¿Qué está viendo tú?
Y sin preocuparse en responder a la pregunta del Anciano, se fue aprisa hacia el pequeño charco de agua clara, por entre las hojas secas y el tronco de varios álamos. Se agachó y señaló con su mano al tiempo que aclaraba:
- ¡Es un níscalo como un sombrero de grande! ¿No lo ves?
Y ahora sí pudo verlo el Anciano. Era un níscalo grandísimo, muy escondido entre la hierba y hojas secas y todo chorreando. Lo cogió la niña con sus manos y al levantarlo, aclaró:
- Pero ya se ha pasado. Es un poco viejo y las últimas heladas lo han dejado congelado.
- Aun así, es un ejemplar fabuloso.
La niña lo arrancó, lo puso con cuidado sobre el tronco viejo de un álamo caído y durante un buen rato lo estuvo contemplando. Como si le diera un poco de pena que seta tan hermosa ya no sirviera para comerla.

La tarde fue cayendo y los campos se iban llenando de luces pálidas, húmedas como la lluvia sobre la hierba y con olor a musgo viejo. En la parte alta del arroyuelo y se sentaron y pusieron la cesta sobre una roca. Desde aquí divisaban todo el barranco del río, la gruta por donde las cascada y el Belén del año pasado y el bosque de los robles. Dijo el Anciano:
- Si quiere te recito ahora algunos de los versos que antes me decías. La noche no tardará en llegar.
- Sí y no tengas prisa. Ya sabes que a mí me gusta la oscuridad de la noche, en tu compañía, por estos campos.

Y el Anciano sacó de su mochila un pequeño cuaderno, pasó algunas hojas, encontró lo que buscaba, miró a la niña y comenzó a leer despacio:

Te regalamos la tarde que lenta se va marchando por el valle. El otoño te recuerda por los campos que pisaste y la lluvia y la niebla que el invierno trae.	Sigues siendo la esencia dulce, mable, que acaricia y alimenta desde el aire. Te regalamos un beso sincero y grande, vuelve y llega, llora por ti la tarde.

23 de diciembre

V- Ayer, a media mañana, se abrieron las nubes en el cielo, todo se llenó de aparente calma y, en algunos momentos, el sol salió. Iluminando con fuerza aunque sin calentar mucho. Tampoco el frío era intenso aunque sobre las cumbres de Sierra Nevada, sí todo se veía blanco. Tanto que parecía que, una copiosa nevada, se había derramado solo unas horas antes sobre esas altas montañas. Por el Cortijo de la Viña y los campos a lo ancho, el viento seguía soplando con fuerza, mucha fuerza. A lo largo de toda la noche y por la mañana. Hasta parecía que, en algún momento, algunos de los cedros, cipreses, álamos o nogueras, iban a saltar en astillas doblados por las ráfagas de este viento.

Dentro del cortijo, la madre dijo al Anciano y a su niña:
- Yo voy a aprovechar y subo a la alberca a lavar. Mañana ya en Navidad y quiero tener las cosas hechas.
Y aclaró el Anciano:

- Nosotros nos vamos contigo, te ayudamos en lo que necesites y, mientras tú lavas la ropa en el agua de la acequia, cogemos unas cuantas cajas de naranjas mandarinas. Ya están todas muy madura y, para los días de fiesta que se acercan, nos vendrán muy bien estas frutas.
Y la niña confirmó:
- Y yo me uno a vosotros en estas faenas.

Y no se habló más. A media mañana y cuando el sol derramaba sus rayos por los campos, los tres salieron del cortijo. Acompañando a la madre y ayudándole en sus tareas. Subieron por la Cañada de las Nogueras, rozaron las cascadas del Balneario y, al llegar a la alberca, lugar de donde arranca la acequia mayor que lleva el agua a la Huerta de la Viña, se pararon. En la pequeña pila de cemento que hay al lado de debajo de la alberca, su puso la madre a la lavar la ropa. El Anciano, acompañado de la niña, subió unos metros más hacia los naranjos. Por aquí, y cerca de los troncos de una noguera, encontraron las cajas de plástico. Cogieron cuatro de ellas y se las llevaron hacia el rincón de los naranjos de las mandarinas.

Y mientras seguían subiendo despacio, ya por entre los naranjos de las navelinas, comenzaron a encontrarse con las señales de las ardillas. Comentó el Anciano a la niña:
- ¿Ves lo que te decía? Las ardillas ya llevan bastantes días que no paran de comerse los frutos que han dado estos árboles. Y fíjate, no solo se comen los mejores sino que cortan muchos y luego lo dejan abandonados por el suelo.
Cogió ella en sus manos unas de estas naranjas comidas por las ardillas. Se la mostró al Anciano y dijo:

- Tienes razón en lo que dices. Y, además, fíjate, se las comen con tanta precisión que solo dejan la cáscara.

La naranja que la niña mostraba en sus manos solo era un puro cascarón, con un agüero en unos de los lados y por dentro toda hueca. Sin contenido ninguno. Y por el suelo, bajo los naranjos y sobre la tierra empapada de lluvia y entre algunas matas de hierba, se veían muchas naranjas esturreadas. Algunas recién cortadas de las ramas por las ardillas, otras ya manchadas de barro y arrugadas y un poco secas. Y, por aquí y por allá, se veían muchos cascarones de naranjas gordas y buenas. Por completo, todas vacías por dentro, obra perfecta de las ardillas.

Preguntó la niña:

- ¿Y por qué las tiran al suelo y luego las dejan?

- Es el instinto de estos animales. Cuando suben a un árbol, los primero que hacen es cortar todas los frutos que en las ramas de este árbol encuentran. Luego bajan y, si los frutos no son muy grandes, se dedican a esconderlos para volver a buscarlos en otros momentos. Eso es lo que hacen con las bellotas, las almendras y las nueces. Con las naranjas, como son frutos gordos, lo tienen más difícil. Por eso se ven tantas ahora mismo bajos estos naranjos. Y claro que yo pienso que estos animales también tienen derecho comerse algunas de las naranjas de nuestra huerta. Pero, en cuanto se calme un poco el temporal de lluvia y viento que tenemos en estos días, vamos a ponernos a coger toda la cosecha. Porque, como nos descuidemos, este año, solo recogemos cuatro naranjas y media.

Bajo los primeros naranjos de las mandarinas, soltó ella dos de las cajas de plástico. Y al hacerlo y con el golpe de las cajas contra los troncos, una de las ardilla,

dio señales de vida. Saltó rápida por entre las ramas de uno de los cedros de Atlanta, desgranando su típico chillido estridente y ese "chuc, chuc, chuc" seco y rápido y subió a toda mecha tronco arriba. Comentó el Anciano:
- Fíjate, viven por aquí a sus anchas y son las reinas pero…

Dieron comienzo a la recolección de las mandarinas, cogiendo primero las de las ramas bajas. Luego buscaron la escalera de madera y cortaron las que estaban un poco más arriba. Y, de vez en cuando, se paraban, cogían algunas de las mejores naranjas, las pelaban y se las comían. Y, mientras las saboreaban, unas veces uno y otras veces otro, comentaban:
- Siempre nos decía ella que estos frutos eran los que más les gustaban de los muchos que hay en nuestra huerta. ¿Te acuerdas que nos decía que en su país las naranjas no se crían?
- Claro que me acuerdo. Y hasta me emocionaba verla comer con placer las naranjas que de estos árboles cogía. Por eso mientras recogemos hoy estas tan buenas naranjas, ya con olor y sabor a Navidad, no dejo de pensar en ella. Si estuviera ahora mismo ¿te imaginas lo que disfrutaría?

24 de diciembre

VI- Luego ayer, cuando ya la luz del día se fue apagando, las nubes aumentaron. Al fondo de la Vega de Granada, se puso muy oscuro y el viento comenzó a soplar con fuerza. Como si de pronto se presentara una gran tormenta. Y era esto lo que habían anunciado los hombres del tiempo y también aventuraron que, según la noche fuera avanzando, las lluvias serían abundantes y con mucha fuerza. Acompañadas de fuertes vientos

aunque, como en los días anteriores, no bajarían las temperaturas. Comentaba la niña al Anciano:
- Un tiempo típico y a la vez bonito en estos días cercanos a la Navidad que en unas horas llega.
- Exactamente esto es lo que yo pienso. Sin lluvias, sin frío, sin nieve y sin viento, en estas tierras nuestras, a la Navidad le faltaría algo.

Pero ayer por la tarde, antes de que las lluvias llegaran y después de regresar ellos de la huerta con las cajas de naranjas, también la niña comentó al Anciano:
- Podríamos ponernos y por fin ya construirle su casita. De madera, como siempre tú me has dicho, pequeña, a la medida de su cuerpo, bonita, como también siempre haces tú las cosas y recogida para que se resguarde de este viento y lluvia y viva agusto en estos tan especiales días.
Y le contestó el Anciano:
- Por mi parte, estoy dispuesto. Si tú me ayudas, nos ponemos y le construimos su casita. Como sabes, ya las tablas las tengo preparadas desde hace tiempo. También los clavos, el pegamento y otros materiales.
- Pues no se hable más.
Y se pusieron mano a la obra, en la sala grande de la chimenea del cortijo.

Ella, en esos momentos, dormía donde siempre: en una de las sillas de plástico, bajo el techo del pequeño pórtico en la misma entrada del cortijo. A la derecha de la puerta y junto a las macetas de la madre. Aquí dormía acurrucada, como ajena a la presencia de la Navidad que va llegando y también como indiferente al viento de la tarde y la lluvia. Este fue su primer rincón desde el momento que llegó y este sigue siendo su recogido nido.

Y ella llegó de repente y una tarde, a los pocos días de haberse marchado la que tanto ahora por aquí se echa en falta. Y apareció, cuando nadie se lo esperaba y del modo más excepcional. Salió la niña del cortijo y se fue para el lado derecho. Para donde crecen los arrayanes y se elevan majestuosos los viejos cedros. E iba ella caminando, en su juego de siempre y en busca de unas flores para la madre, cuando la vio. Surgió, muy confiada, de entre los arrayanes y se vino hacia la niña. Con su rabo alzado y emitiendo un maullido débil y tierno. Como si la llamara o la conociera de toda la vida. Se sorprendió la niña porque era la primera vez que la veía pero al mismo tiempo, se alegró. Porque, nada más descubrirla, se dio cuenta que era un animal muy manso y bueno.

Por eso la llamó, le regaló una caricia, la cogió luego en sus brazos y se fue rápido para el cortijo. Y, conforme entraba por la puerta, llamaba a la madre y al Anciano. Fue éste el que, en ese momento miraba por la ventana que da al acantilado del río, enseguida miró. Y, antes de que el Anciano pronunciara ninguna palabra, aclaró ella:

- Me la he encontrado de pronto y mira que color más blanco tiene y qué mansita es.

Durante unos segundos observó el Anciano como asegurándose de lo que la niña mostraba en sus brazos y luego preguntó:

- ¿Cómo se llama?

- No lo sé.

- ¿Y qué vas a hacer con ella?

- Si aparece su dueño y quiere llevársela que lo haga pero si nadie viene por aquí a buscarla, quiero quedármela para mí. Desde ahora mismo ya es mi amiga.

- Y si no aparece su dueño y te la quedas ¿qué nombre vas a ponerle?

- Ya lo he pensado: simplemente voy a llamarla “Nieve”. ¿No ves qué blanquita es y qué pelo tan esponjoso tiene?

Y nada más se comentó en aquel momento. La niña puso a Nieve sobre la silla de plástico que hay en el pórtico de la puerta del cortijo y nadie vino a buscarla aquel día ni en los siguientes. Y Nieve empezó a comportarse como si de toda la vida hubiera vivido en el cortijo. Cariñosa y juguetona con la niña, con el Anciano y con la madre y buena como la mejor amiga de las personas. Si la niña le pedía que se fuera con ella de paseo, le obedecía, si le pedía que se acostara a su lado, también le hacía caso y si le pedía que no entrara al cortijo, de igual modo le obedecía. Por eso ella siempre comentaba:
- Ha sido el mejor regalo que ha podido darme el cielo. Y fíjate tú, ha aparecido justo al poco de haberse marchado la que más siempre hemos querido. Y es tan blanca como el mismo significado de su nombre.
Y le decía el Anciano:
- Yo también me alegro mucho de que Nieve haya aparecido.

A partir de aquel primer día, cada mañana, en cuanto se levantaba, la niña bajaba enseguida y se asomaba a la puerta del cortijo para comprobar que aun seguí en su silla. Le regalaba un pequeño trozo de queso, la acariciaba, le decía algunas cosas y luego, muchas mañanas, le pedía que se fuera con ella hasta los primero árboles antes de la Cañada de las Nogueras.
- Tienes que estirar las piernas que sino te harás vieja antes de tiempo.
Nieve la seguía buscando siempre alguna piedra para subirse en ella antes de que la niña llegara y así ofrecerse para que le regalara una caricia. Se la regalaba y luego le pedía que se subiera a la higuera de las ramas bajas.

- Yo sé que a ti te gusta mucho gatear. ¡Venga y salta!
Nieve saltaba y, durante un buen rato, se dedicaba a olisquear y a mirar a la niña desde las ramas.
- ¡Qué divertido, verdad!
Le comentaba ésta y luego la invitaba a regresar. Se volvía tras ella, se subía en la silla de plástico y aquí se quedaba acurrucada hasta que alguien más volviera y la acariciara.

Y, desde aquellos primeros días, tanto el Anciano como la niña, empezaron a planear hacerle una casita de madera para que viviera en ella. La niña siempre le comentaba:
- Tiene que ser pequeña, recogida y que tenga estilo propio. Yo sé que tú sabes hacerla y también estoy segura que a Nieve va a gustarle mucho.
El Anciano comenzó a buscar tablas y, al mismo tiempo, a imaginarse la construcción de la casita. Poniendo en este sueño todo su interés para hacer feliz a la niña y al juguete que de pronto el cielo le había regalado.

Por fin, ayer por la tarde, los dos se pusieron mano a la obra y, en la sala grande del cortijo, dieron comienzo a la construcción de la casita. Por completo ilusionados mientras fuera y por los campos, el viento soplaba fuerte y la lluvia caía. Y, al llegar la media noche, la madre les pidió que dejaran el trabajo y que lo terminaran al día siguiente. La niña respondía:
- Ya nos queda poco, mamá. Es que, como dentro de unas horas será Navidad, queremos que Nieve tenga su regalo a tiempo.

Fuera llovía a cántaros y el viento soplaba con fuerza tremenda. Tanto que hasta daba miedo el ruido que los cedros y álamos lanzaban al ser empujados por la ventisca. Y daba lástima que Nieve estuviera a la

intemperie, soportando tan crudo temporal. Por eso la niña, de vez en cuando se asomaba a la puerta del cortijo y miraba. Y, como siempre, una vez y otra la descubría acurrucada encima de la silla de plástico y durmiendo como si nada pasara. Como si también Nieve estuviera esperando algo muy importante, emocionante y grande.

25 de diciembre

VII- Y luego ayer, a media mañana uno de los mirlo se puso a cantar. Con la misma fuerza y alegría que lo hace en los días de primavera y por eso, tanto para la niña, la madre y el Anciano, fue una sorpresa. Sobre todo, para el Anciano.

Porque, estaba él asomado a la ventana, mirando a los paisajes y las nieblas por el acantilado y planeaba algo. Hacía solo unos momentos que la tormenta había descargado. Una densa y oscura nube que no solo trajo agua y viento sino también rayos y truenos. Por las rocas del acantilado, por el Cerro de la Viña, por el Puntal de los Almendros y por el cañón del río y Vega de Granada.

Tanta agua descargó la tormenta y tanto retumbaron los truenos que hasta la niña se asustó un poco. Terminaba esta de poner algunas de las últimas cosas en el belén y en el árbol cuando le dijo al Anciano:
- Hoy ya es Navidad. Y por eso, antes de que la noche llegue, quiero que me lleves a la huerta grande.
- ¿Qué hay por allí que te interese a ti?
- El macasar viejo. Con este frío y estas lluvias, ya ha florecido. Y tú sabes que las flores del macasar dan un perfume muy fino. Quiero que me lleves a ese sitio porque deseo coger unas cuantas ramas de este arbusto. Las que tengan más flores y estén más abiertas para

traérmelas conmigo y ponerlas en el belén. Ya verás tú que olor más bueno se extiende por toda la sala.
Y el Anciano simplemente dijo:
- Pues cuando tú quieras te acompaño a la huerta grande y te ayudo a coger la flores que me has dicho.
- En cuanto termine de poner en el belén estos puñados de musgo, unas cuantas hojas más de las que trajimos el otro día y también estas piñas, nos vamos.

Pero solo unos minutos después, estalló la tormenta. Primero, y sin que nadie lo esperara, explotó un gran trueno. Con tanta potencia y tan cerca del cortijo que hasta tembló un poco el suelo. Se doblaron las copas de los cedros y Nieve, que ya dormía en su casita de madera, salió chutando de ella y se vino en busca de la niña. Dijo el Anciano:
- Es un trueno aislado dentro de este temporal de lluvia y viento.
Pero no fue un trueno solitario. Porque, tan solo habían pasado unos minutos, cuando se produjo un segundo trueno. Algo más lejos pero muy seco y rasgado. La lluvia comenzó a caer con tanta fuerza y en tanta cantidad que dejó de verse el acantilado, las laderas a la derecha y a la izquierda y hasta los olivos y almendros que hay por donde va la senda.

Desde la ventana grande que da al acantilado seguía mirando el Anciano. Y ahora vio que, por el voladero, además de las recias lluvias, comenzaron a elevarse las nieblas. Como en los mejores días del otoño y de igual forma a los días en que estaba ella. Por eso compartió con la niña:
- Dan algo de miedo las tormentas y más en un día como el de hoy pero, aun así, fíjate que espectáculo tan extraordinariamente bello.

Y se vino ella a su lado, miró un momento y luego se fue otra vez a su trabajo en el belén. Dijo, como si su mente estuviera ocupada en otra realidad:
- Solo quedan unas horas para la Nochebuena. Y quiero tenerlo todo bien arreglado para este preciso momento.

Fue consciente el Anciano de la ilusión y el cariño que en su trabajo estaba poniendo y por eso la dejó tranquila. Siguió él mirando por la ventana como si, además de las lluvias, las nieblas y la tormenta, también estuviera interesado en algo muy concreto. Algo que rumiaba en su corazón y que ni siquiera compartía con la niña ni con la madre. Y hasta parecía que la tormenta, la lluvia y la niebla, preparaban el momento de la llegada de lo que en su corazón meditaba.

En no mucho rato, media hora o un poco más, la lluvia paró. Dejaron de oírse los truenos, se apaciguó el viento y las nieblas del acantilado, se alzaron por los aires y hasta lo más alto de las cumbres de las montañas. Del acebo que hay justo debajo de la ventana que se abre para el acantilado, chorreaba el agua y lo mismo de las ramas de los cedros y del tejado del cortijo. Y meditando la peculiaridad de este sereno y extraño momento estaba, cuando hasta sus oídos llegaron los cantos del un mirlo. Sorprendido inquirió a la niña:
- ¿Has oído lo que yo?
Se vino ella otra vez a su lado y preguntó:
- ¿Qué has oído?
- Espera un momento y escucha.

Se hizo el silencio en la pequeña espera y se oyó enseguida y de nuevo los trinos del mirlo. Justo entre las ramas del acebo a tan solo unos metros de la ventana. Comentó ella:

- No es tiempo ahora de que cantes los mirlos. ¿Por qué éste lo hace?
- Eso es lo que yo también me pregunto. Y me extraña más que lo haga justo después de esta tormenta.
- Estará contento por la lluvia o puede que anuncie algo. Pero ¿qué será lo que anuncia?
Y en este preciso momento dejaron de oírse sus cantos. Una pequeña ráfaga de aire templado llegó del lado de la huerta grande y, al rozar la cara de la niña, ésta preguntó:
- ¿No hueles tú lo que yo?
- Sí, acabo de percibir un olor fresco y muy agradable. Parece como si fuera perfume de lluvia, mezclado con hierba, hojas secas, musgo, setas nieve y niebla. ¿Qué es y de dónde viene?
- Es el macasar que te decía y viene justo del lado al que quiero que me lleves.

VIII- Avanzaron las horas. Mientras la niña se afanaba en ultimar los detalles en su belén y el Anciano miraba y meditaba el momento y los recuerdos, la madre gastaba el tiempo en la preparación de la comida. En la lumbre de la sala grande y no lejos del árbol y belén de la niña. Y, caía ya un poco la primera parte de la tarde, pero todavía muy en el centro del día, cuando se oyó la voz de la madre que decía:
- ¡Todos a comer! La comida está lista, hoy más rica que nunca y muy calentita.

Ayudó el Anciano a colocar la pequeña mesa de madera, a poner los platos y las sillas de eneas y la niña dejó su trabajo. Cerca del fuego, para aprovechar el calor que de la lumbre salía, se acomodaron los tres, alrededor de la mesa. La madre fue poniendo las fuentes con la comida que tenía a punto: una sopa de verduras, arroz caldoso con trozos de pollo y también algunas verduras y

luego naranjas mandarinas. También higos secos y nueces de las nogueras en la Cañada de las Nogueras. Comieron despacio, sin apenas pronunciar palabras. Sólo la niña, de vez en cuando, comentaba algo como:
- La lluvia parece que se ha calmado. En cuanto terminemos de comer, es el momento para ir a la huerta grande a por las ramas de macasar que hemos dicho.

Y terminaron de comer. Agradecieron a la madre los alimentos que les había regalado y se levantó el Anciano. Subió a su habitación, cogió su mochila, su navaja pequeña y su gorro de lana y bajó a la sala. Dijo a la niña:
- Aquí estoy yo ya preparado.
Rápido también ésta cogió su pequeña mochila, su paraguas y gorro de lana y salieron por la puerta del cortijo. A la derecha y en su pequeña casita de madera, se acurrucaba Nieve. Al verla la niña la saludó con una caricia y le dijo:
- Volvemos en unas horas.
Nieve siguió refugiada en su nido y ellos dos emprendieron la marcha. Caminando lento para el lado derecho del cortijo, por donde las eras, los dos pinos recios, el ciprés centenario y el pequeño bosque de almendros. Por aquí mismo va una senda que remonta levemente en busca de la acequia grande y lleva directamente a la huerta del macasar.

Subieron con cuidado, procurando pisar por donde más hierba había y evitar así meterse en los charcos que había dejado la recia lluvia de la tormenta. Rozaron el bosque de los membrillos, ya sin frutos pero todavía con muchas hojas con los colores del otoño y luego tocaron las ramas de los granados. Éstos ya no tenían hojas pero sí en muchas de sus ramas colgaban todavía algunas granadas. La mayoría abiertas en forma

de estrellas y sin granos ninguno. Puros cascarones, empapados de agua y un poco podridos por el tiempo. Pero de algunas de las ramas de estos granados, todavía colgaban granadas enteras. Con muchas grietas en la piel pero no abiertas del todo y por eso se intuía que aun se podían aprovechar para comerlas. Dijo la niña:
- Si quieres, luego cuando volvamos, nos paramos y cogemos algunas de estas granadas. Ya sabes que a mí me gustan mucho y también sabes que a ella, no solo le gustaban sino que se deleitaba y divertía. ¿Te acuerdas?
Y él dijo que sí, se acordaba.
- Tanto que ahora mismo me parece verla sentada junto a nosotros, en su silla de eneas, frente a la lumbre, en su rincón pequeño y con una de estas granadas en sus manos.

Hubo un momento de silencio después de que el Anciano pronunciara estas palabras. Caminaban despacio ya dejando atrás los granados y acercándose a la acequia y miraban para el barranco del río y para el lado del sol de la tarde. Pero en este silencio, en la mente del Anciano, se dibujaba la escena de ella sentada frente a la lumbre, con una de las granadas en sus manos abierta en varis trozos y, con sus dedos delgados y blancos, cogiendo y arrancando uno a uno cada grano de la Granada. Como si pusiera todo su cariño y ternura al coger cada grano para que no se le rompiera y para luego llevárselo a la boca y saborearlo despacio. Y hasta venía a su mente algunas de las palabras que ella pronunciaba mientras se deleitaba en este rito:
- Esto de comer granadas para mí es muy divertido. Hay que tener mucha paciencia y tiempo para arrancar y que los granos no se rompan pero también hay un placer especial cada vez que te echas un grano a la boca y lo rompes con los dientes. Me gusta mucho a mí esto.

En el cortijo todos la miraban y todos guardaban silencio. Si acaso la niña comentaba:
- Y a mí me gusta también mucho ver tu forma de comer granadas. Parece un juego, lleno de color, jugoso y divertido.

Llegaron a la acequia grande, torcieron para el lado de la derecha y siguieron en la dirección en que iban las aguas. Esta tarde era mucha el agua que por este canal corría. Un caño como el grueso de dos personas juntas, un poco color chocolate y con hojas de álamo y tallos de hierba, flotando encima de las pequeñas olas. La tormenta que solo unas horas antes había descargado, había dejado mucha agua por todas las laderas del Cerro de la Viña, la Cañada de las Nogueras, por donde la alberca y todas las tierras que recorre la acequia. Tanta agua había dejado la tormenta que ahora por todos sitios se veían muchos pequeños arroyuelos saltando por entre los troncos de los árboles y las piedras. Y bastantes de estos regatos caían directamente en el surco de la acequia. Comentó la niña:
- Pues si por aquí hay tanta agua ¿te imaginas cómo irá de crecido el río y las cascadas?
- Lo mismo que tú, me lo imagino. Debe ser un espectáculo único verlo ahora mismo.
- ¿A que parece como si la Navidad necesitara engalanarse con estas lluvias, viento y tormentas?
- La Navidad llega dentro de unas horas y, en lo que dices, tienes algo de razón: ahora mismo estos campos y el cortijo nuestro, parecen que se han engalanado como nunca en otros momentos.

IX- La acequia grande discurre por el lado norte del Cerro de la Viña, a media ladera entre el cortijo y la parte alta del cerro. Y avanza, tallada en la tierra de la

ladera, llevando el agua desde el lado del levante para el poniente. Un surco bastante grande que por el lado de abajo ofrece como un caballón alto y ancho. Por eso, justo siguiendo este caballón de tierra, discurre la senda, para aprovechar el mismo trazado de la reguera.

Y la senda por aquí es muy buena. Ancha, tapizada de hierba fresca y con pequeños descansos en forma de miradores hacia el gran barranco que se abre por la derecha y lado de abajo. Por donde a ellos se les va quedando el cortijo, las laderas que caen para el acantilado, el cañón del río y más lejos y al fondo, la ancha Vega de Granada, la ciudad misma aplastada por estas tierras y el Albaicín y la Alhambra. Todo esto se ve según se avanza siguiendo la senda que va por el borde de la acequia.

Y esta tarde también ellos pueden contemplar, a la derecha y al otro lado del río, las densas nieblas que por entre los pinares se mueven, suben por los barrancos y se elevan. Nieblas hermosísimas que han nacido de la gran lluvia que la tormenta ha descargado. Por eso, en uno los pequeños miradores que va ofreciendo la acequia, los dos se paran un rato. Miran despacio hacia los bosques por donde revolotean las nieblas, y al poco, comenta el Anciano:
- Es maravilloso lo que la naturaleza, el cielo y Dios, en estos y otros momentos nos regala. Como si mereciéramos ser premiados de una forma exquisita y exclusiva. Porque si lo pensamos bien, fíjate que ahora mismo por aquí solo estamos nosotros. Libres y como dueños únicos de estos paisajes y cuanto en ellos vemos. ¿No te parece a ti grande y fantástico?
Y ella, muy embelesada en los bosques repletos de niebla, por las laderas y barranco del río, dijo:

- Sí que me parece maravilloso. Con mis propios ojos estoy viendo que lo que tú me dices está lleno de una gran verdad.
- Y si lo pensamos bien, fíjate que ahora mismo Dios nos trata como a sus privilegiados. Porque, mientras en estos momentos en la ciudad a dos pasos de nosotros, muchas personas tienen problemas, viven en soledad, con falta de cariño, sin casa, sin pan y mil carencias más, a nosotros nos sobra todo esto. Tenemos aire puro, montañas repletas de árboles verdes, hierba y pájaros, ríos, nieblas, lluvias y libertad para ir por donde nos apetezca y hacer lo que queramos y no carecemos ni de vivienda ni de alimentos. Todo esto y muchas más cosas es propiedad nuestra porque generosamente el cielo quiere regalárnoslo. ¿No te parece que somos unos grandes privilegiados?
Y, después de unos segundos en silencio, la niña dijo:
- Yo creo que sí pero si en estos momentos ella estuviera ¿no crees tú que la dicha sería plena?

El Anciano tragó saliva, guardó silencio y luego animó a la niña a seguir. En muy poco rato llegaron a la huerta grande. Por el lado de abajo que es justo donde crece uno de los macasares. Uno muy viejo, con muchas ramas extendidas en todas las direcciones. Y, según van acercándose, el airecillo que sube desde la Vega de Granada, les trae el olorcillo de las flores del macasar. Dijo ella:
- Fíjate qué delicia de perfume y en una tarde como ésta y después de la gran lluvia.
- Sí que es un perfume muy bueno. Ya te dije que a mí este perfume me hace creer que es el aroma exclusivo del invierno. Si no, tú mira a la tierra mojada y a la hierba verde tapizando y, al mismo tiempo, aspira este perfume. Haz la prueba y verás como descubres que este aroma mana de la misma tierra y del viento.

La niña aspiró hondamente, cerró un poco sus ojos y unos segundos después dijo:
- Nunca antes lo había comprobado pero ahora sí descubro que es como dices tú. ¿Qué cosas nos regala el cielo?

Llegaron al macasar. Clavado un poco por el lado de arriba de la acequia, en la misma esquina de la huerta y entre unos naranjos y rosales. Y al instante vieron que el arbusto mostraba tantas o más flores que la niña había anunciado. Sus ramas, en forma de largos tallos y desnudas de hojas, se veían por completo cuajadas de florecillas. Mil pequeñas florecillas color amarillo claro y un poco rojas por el centro. Y de cada una de estas florecillas colgaban gotas de agua. Pedacitos de perlas que las lluvias de la tormenta había dejado en estas flores trabadas. Por eso, cada una de la mil florecillas que ofrecía el macasar, parecían primorosas campanillas colgadas en las desnudas ramas. Porque el macasar ya apenas tenía hojas. El otoño se las había llevado, ayudado por el viento de los últimos días y por las lluvias. Por eso todavía resultaba más interesante ver las ramas del pequeño arbusto solo vestidas con las mil delicadas florecillas y las gotas de agua engarzadas en ellas.

Dijo la niña al Anciano:
- Tú que entiendes de todo esto más que yo, mira y corta con cuidado solo aquellas ramas que tengan más flores abiertas. ¿Sabes por qué?
- Me lo imagino.
- Si, porque cuantas más florecillas tengan abiertas más intenso y abundante será el perfume esta noche en el belén y en toda la sala.

X- Sacó el Anciano su pequeña navaja del bolsillo y, con cuidado, se puso a cortar ramas. Buscando aquellas que tuvieran las características que ella le había pedido: no muy largas para poderlas llevar cómodamente y colocarlas con facilidad en el belén, con muchas flores y mitad más o menos cerradas y otras tantas abiertas y también no muy gruesas para no mutilar mucho al arbusto. Y, mientras el Anciano cortaba una rama, ella se movía de acá para allá buscando la siguiente apropiada. Cuando la encontraba llamaba la atención al Anciano diciendo:
- Ésta me gusta mucho. Y córtala por aquí, sin movimientos bruscos para que las flores no se desprendan.
- Enseguida estoy ahí.
Comentaba él, terminando de cortar la rama que tenía entre las manos.

Una vez cortadas se las iba dando a ella y ésta, las ponía en el suelo, sobre la hierba mojada, dando forma, poco a poco, a un bonito ramo. Y de nuevo comentaba:
- Huelen como a canela con jazmín mezclada con el aroma de las flores de los naranjos.
Y a continuación hizo una nueva pregunta:
- ¿Tú sabes algo de la historia del macasar?
Y en Anciano le aclaró:
- El macasar, Chimonanthus fragans o praecox, es un arbusto procedente de China y Japón, que alcanza un altura de dos a tres metros y que tiene la peculiaridad de que, en pleno invierno, de sus ramas desnudas y leñosas brotan las flores. Pequeñas, pero con un olor intenso, penetrante y, a la vez, delicado. La historia de Granada está muy ligada a esta planta, que se menciona en poemas árabes. El macasar entró en España en el S. XIX, con el auge de la influencia francesa en los diseños de

jardines y planteamientos del entorno urbano. A Europa llegó de mano de mercaderes de la Ruta de la Seda por los intercambios con Oriente. Se le conoce también como "Flor de invierno" o "Flor del vino", por el rojo oscuro del interior de la flor.

Mientras comentaban estas cosas y cortaban tallos repletos de flores color canela, no advirtieron que las nubes se iban concentrando. Cada vez más densas y oscuras por el valle de la Vega de Granada, por donde se extiende la gran ciudad y por donde el caudaloso río del Cortijo de la Viña, se alejaba. No se movía a penas el viento ni tampoco hacía frío pero sí las nieblas seguía cubriendo. Como envolviendo, cada vez más y poco a poco, todo el Cerro de la Viña, con la huerta y el cortijo.

Y tampoco fueron ellos percibiendo que la tarde se marchaba. Tarde de veinticuatro de diciembre, pórtico de la Nochebuena y antesala de la Navidad. Ya oscurecía un poco cuando la niña dijo al Anciano:
- Creo que tenemos suficiente.
- Corto la última rama y acabamos.
- Pero antes de regresar a nuestro cortijo, podríamos asomarnos, aunque solo sea un momento, al mirador de los castaños.
- ¿Para qué?
- Tú sabes que desde este mirador se ve muy bien toda la ancha ciudad de Granada, con sus tres ríos y el Albaicín y la Alhambra. Ahora que anochece me gustaría ver las luces de la ciudad. ¿Te apetece?
- Se nos echa la noche encima y la madre estará esperando pero me parece buena tu idea.

Y no se dijo una palabra más del tema. Terminó él de cortar la última rama del macasar, la puso junto a las que la niña ya había organizado, las cogió todas a la vez,

modelando un poco más y con cuidado el ramo, lo ató con cuatro juncos y luego se lo echó acuestas diciendo:
- Yo ya estoy listo. Cuando tú quieras avanzamos un poco más y llegamos hasta el mirador de los castaños.
- Sí, vamos. Pero yo puedo ayudarte a llevar algunas de estas ramas.
- Es mejor que vayan todas juntas. Así se protegen unas con otras y las flores no se dañan. Las llevaré con todo el cuidado y procuraré no traquetearlas mucho para ni una flor se caída antes de que lleguemos al cortijo.

XI- Caminaron siguiendo todo el trazado de la acequia y, cuando ya empezaron a dar vista a la Vega de Granada, cogieron por entre los castaños hacia el mirador. No muy lejos de la huerta pero sí más al sur y por eso sobre un punto de la ladera por completo frente a la ancha vega y ciudad. Y conforme avanzaban en esta dirección iban descubriendo el resplandor de las luces. Por entre las nieblas, allá al fondo y la oscuridad de las primeras horas de la noche. La tarde, ya primeras horas de noche, se extendía muy serena. Como si en el ambiente flotara la tensión de una espera. Quizá por eso comentó el Anciano:
- Me parece que va a empezar a llover en cualquier momento.
- Sí, porque frío para que nieve parece que no hace tanto.
- Las nieblas y las nubes negras es lluvia lo que anuncian.
- ¿Y en Sierra Nevada?
- En aquellas cumbres sí seguro esta noche nieve en abundancia. Nochebuena con lluvia, niebla y nieve y todo en calma…
Y se le quedaron al Anciano las palabras como heladas. La niña se dio cuenta y por eso dijo:
- Sé en lo que estás pensando.
- Sí, sería un gran momento para que viniera.

Y se hizo el silencio entre los dos.

Caminaron durante diez minutos más y llegaron al mirador de los castaños. Ya era de noche. Por eso, sobre el mirador, frente a la Vega y la ciudad, se posicionaron. Soltó él su haz de ramas floridas, con mucho cuidado, sobre una roca a la derecha, buscaron el sitio desde donde se viera mejor y se puso ella junto al Anciano y le dijo:
- La ciudad de Granada, cada día me parece más grande y bella. Y cuando por las noches se ve iluminada y por entre las nieblas como ahora mismo, es casi mágica.

Sí, porque a pesa de las nieblas, las luces de la ciudad se veían perfectamente. Destellando con fuerza por entre estas nubes y parpadeando como si se apagaran y encendieran. Y se veían luces de todos los colores: naranjas, rojas, verdes, azules… También como si jugaran algún juego divertido o como si hicieran señales a alguien. Embelesada la niña, observando el sencillo y a la vez fabuloso espectáculo, seguía comentando:
- Miro y en algún momento creo que Granada entera y en esta noche, con el parpadeo de sus luces por entre estas neblinas, está llamando a alguien. También pienso que este bonito espectáculo de luces de colores, allá al fondo y lejos, es como un belén grande y que lo mismo se mantiene a la espera de algo. Y sin embargo ¿sabes lo que también pienso?

El Anciano escuchaba muy atento y al oír la pregunta, esperó unos segundos. Luego inquirió:
- ¿Qué es lo que también a veces piensas?
- Que lo que ahí abajo estamos viendo, la ciudad de Granada silenciosa e iluminada y como perdida entre las nieblas, es como la fantasía de un sueño.

Paró ella de hablar y el Anciano se mantuvo en silencio. Miraba también muy interesado y descubría que ciertamente era hermoso el cuadro mágico que ante ellos se extendía. Preguntó la niña, al cabo de un rato:
- Desde aquí no se oye nada pero en esta ciudad vive mucha gente. ¿Qué hacen ahora mismo y qué harán a lo largo de esta noche?
Y ahora el Anciano sí respondió:
- Como nosotros tres, aquí en el Cortijo de la Viña, ellos ahí en sus casas y dentro de unas horas, celebrarán la Nochebuena y mañana el día de Navidad. Es esta una noche especial y propicia para juntarse las familias y los amigos. Pero no creas que todo será divertido y de colores bellos para muchas de las personas que viven en la ciudad que desde este lugar vemos.
- ¿Por qué no será divertido? Desde aquí y como ya te he dicho, todo parece muy mágico y como recogido en un nido silencioso.

Dejó él que pasara unos segundos y luego explicó:
- Sí, pero en el corazón de cada una de las personas que viven en la ciudad y en sus casas, también hay ausencias y recuerdos como en tu corazón y en el mío y en el de la madre. Todos los humanos en este mundo tenemos recuerdos de personas y cosas, algunas buenas y otras no tanto. A todos en la vida se nos rompen sueños y perdemos a seres queridos que ya nunca más estarán a nuestro lado. Y esta noche, nadie sabe por qué, es una noche especial, en la que se sienten y reviven estas cosas que te digo. Por eso mucha gente dice que la noche de Navidad, Nochebuena, es también el momento de las ausencias y de los recuerdos. Así que detrás de estas bonitas luces que ahora mismo vemos como prendiendo de colores a la ciudad de Granada, hay otra realidad muy llena de ausencias y hasta triste. Porque

muchas personas también pasarán frío, tendrán hambre, necesitarán más que nunca del calor de algún amigo, no tendrán casa ni recibirán regalo… La realidad de las personas, cuando uno se acerca a ellas, casi siempre es diferente a lo que se ve desde la distancia y desde fuera.

Y ahora fue la niña la que esperó un momento para luego preguntar:
- ¿Conoces tú a algunas persona que ahora mismo y en esta noche, viva aquí en Granada?
- Conozco a muchas y, todo cuanto te decía antes, siento cada vez que pienso en ellas.
- ¿Que están solos, que no han sido buenos contigo, que tienen sueños y se les han roto y andan desorientados…?
- Todo esto y además, a unos, a otros y a otros, se les va quedando la vida en pequeños trozos por el camino mientras avanzan ilusionados creyendo que la felicidad la tienen al alcance de la mano. Y ver esto, también duele.
- ¿Y sientes pena ahora por estas personas?
- Mucha pena y también en mi corazón tengo tristeza.
- ¿Quisieras abrazarlas y compartir con ellas las sencillas cosas que siempre llevas contigo? ¿Quisieras ayudarles y orientarlas?
Y el Anciano, a estas preguntas de la niña, no contestó. Tampoco se dio ella cuenta porque la oscuridad de la noche le impedía ver con claridad pero por sus mejillas de hombre bueno, rodaron unas lágrimas que, con cuidado y a escondidas, secó. No quería que ella lo viera.

Se hizo otra vez el silencio y al poco el Anciano levantó su brazo para la derecha y señaló:
- Mira la Alhambra también que bonita.
Se veía, por entre un fino velo de niebla, iluminada allá sobre la colina y también quieta. La niña musitó:
- Esta noche la Alhambra también parece haberse vestido con su mejor traje de gala. Lo mismo el barrio del Albaicín

y el corazón de Granada con sus calles encendidas y la catedral en el centro. Por todo esto otra vez pienso que, a pesar de lo que tú me dices, es muy hermoso todo, esta noche en Granada. Sería fantástico si ahora mismo pudiéramos hacernos amigos de cada uno de los que viven ahí y que todos se vinieran a nuestro cortijo con nosotros. Que el menos esta noche, todos olvidarán esas cosillas tristes que tienen en sus corazones y que se lo pasaran bien en nuestra compañía.

Y confirmó el Anciano:

- A mí también me gustaría y especialmente con algunas de estas personas que te he mencionado. Y lo que más me gustaría es hablarles de Dios y enseñarles las cosas que comparto contigo. Que descubrieran que, al otro lado de esta vida, hay un cielo y una eternidad, donde existe el amor auténtico, la verdadera belleza y todo aquello que ha sido y es bueno. Pero ya estás viendo cómo son las cosas ahora mismo. Sin embargo, quiero que sepas, que yo creo firmemente que es muy importante desear las cosas en el corazón. Y esta noche, más. Todas las cosas buenas que deseemos para todas aquellas personas amigas que nos quieren o han querido, de alguna manera se harán realidad. Por eso creo que lo que importa, por encima de todo y en esta noche, es recordar a las personas queridas y desear para todas ellas lo mejor. En algún lugar del Universo y algún día, todos nos encontraremos y tendremos allí con nosotros todo lo que siempre hemos apetecido y soñado en esta vida.

De nuevo se hizo el silencio. Pero ella, como si le interesara mucho algunas de las cosas que había dicho el Anciano, después de unos segundos, de nuevo preguntó:

- ¿Y por qué la fiesta de esta noche es tan grande y tantas personas la celebran?

Y el Anciano explicó, a su manera, brevemente y con la mayor claridad que pudo, el origen de la fiesta de la Navidad y el por qué en esta noche tantas personas la celebran. Al terminar volvió a preguntar ella:
- ¿Y la celebran tanto los que creen en Dios como los que no?
- La celebran muchas personas aunque no tengan claro ni el origen ni el significado auténtico de la Navidad. Pero aun así, ya te lo he dicho antes: algo especial en el corazón de casi todo el mundo, en esta noche se remueve. Y lo que sucede es que todos los humanos, todos, en lo más íntimo de nuestro ser, tenemos una vida propia mucho más grande y bella que todo aquello que podamos tocar con las manos. Es necesario, necesitamos de fiestas como la que se celebra en Navidad.

La niña no dijo ni preguntó nada más. Comenzaba a sentirse el frío. Por eso y porque la noche ya avanzaba, decidieron regresar al cortijo. Cogió el Anciano el haz de ramas con flores y pidió a ella ponerse en camino de regreso.
- La madre nos está esperando y seguro que andará algo preocupada.

XII- Caminan despacio, bajando por la senda de la Cañada de las Nogueras, sin comentar nada. Pero sí notando que, aunque el frío poco a poco aumenta, la noche es muy hermosa. Quizá por esto, cuando ya van por el final de la cañada, ella pregunta:
- Una noche muy parecida a las que compartíamos con ella. ¿Te acuerdas allá en el río, la noche de la nieve? ¿Y cuando aquellos días que buscábamos a Bandolero, en la Cañada de los Castaños? ¿Y la noche de la niebla, al norte del cerro de la Cueva?
Y el Anciano simplemente contesta:

- Claro que me acuerdo.

Y van llegando al cortijo, ya por los cipreses antes de la era, cuando el airecillo les trae un puñado de agradable esencia. El aroma de algo que la niña conoce bien pero que en este momento y horas de la noche, es como nuevo. Porque huele como a turrón de almendra, a caramelo, a miel y a nueces tostadas en el fuego. Comenta ella:
- La madre, seguro prepara en la cocina, algo bueno.

Al acercarse a la puerta del cortijo sale a recibirlos Nieve. Desde su casita de madera y lanzando un débil maullido, como si los saludara o se alegrara verlos. La niña le regala una caricia y al tiempo que le dice:
- Ya estamos de vuelta. Y traemos muchas cosas interesantes que luego te diré.
Entran al cortijo, saludan a la madre, suelta el Anciano su carga de flores frescas y, al acercarse a la chimenea, la madre aclara:
- La comida ya está preparada, cuando queráis cenamos.
Y la niña dice:
- Según veníamos llegando, el aire nos ha regalado, el aroma de las cosas que tú aquí estás cocinando. ¿Qué hecho de cena?
- Preparad la mesa y lo comprobáis en un momento.

La mesa pequeña y de madera, estaba a la derecha de la chimenea. Junto las sillas y no muy lejos del acebo decorado. Aclara la niña:
- Pero antes de sentarnos a comer yo quiero poner en el belén las flores que hemos traído.
- Y nosotros te ayudamos.
Aclaró el Anciano, desatando ya los juncos que amarran el haz de ramas con flores. Con mucho cuidado y

destrabando cada una de las ramas también con cuidado y dándoselas con calma a la niña y a la madre. Éstas comienzan a colocarlas en algunas partes del belén y, conforme las van ubicando, toda la estancia de la sala grande del cortijo, se llena de esencia fresca. De aroma muy íntima a Navidad y a hondo invierno lleno de ausencias, según lo que una vez y otra siente y medita el Anciano.

En media hora o poco más, la decoración del belén, queda concluida. Con su ramas de macasar cuajadas de flores, con sus alfombras de hojas de otoño, con el musgo y madroños del acantilado del río, con sus bellotas de las encinas y piñas verdes y con las figuritas de madera, obra y regalo del Anciano. Un pequeño belén, con aroma casi celestial, repleto de colores de invierno, todo natural y con muchos trozos de los campos y montañas del Cortijo de la Viña. Al lado del belén y a la derecha, la maceta con el pequeño acebo, también decorado con las cintas de colores y su nombre, tallado a mano, en madera de roble y con la pequeña navaja del Anciano. Dijo la niña:
- Todo queda terminado. Y en este rincón, donde siempre ella se sentaba, colocamos su silla y reservamos su sitio.
Ni la madre ni el Anciano dijeron nada.

Sí, enseguida, los tres colocaron sus sillas y luego ayudaron a la madre a poner la mesa. Lo más cerca posible de la chimenea para aprovechar el calor de la lumbre y dejando reservada la silla de la derecha. En las brasas de la candela la madre da vueltas por última vez a los alimentos. Dice como animando:
- Para que todo esté calentito y bueno en el momento de comerlo.

Encima de la mesa la niña coloca tres tazas grandes. En ellas la madre vierte cazos de sopa aromática y con una pinta muy buena. Sopa hecha en las ascuas de la lumbre con pan, tomate, huevos, pimientos, trocitos de jamón y, para migarla, uvas verdes amorosamente peladas por ella. Y según va repartiendo este alimento a la niña y Anciano, aclara:

- No es gran cosa pero es lo que tenemos y ya veréis como sabe a gloria.

Y sabe a gloria y a leña de cocina. También a ausencia aunque ninguno dice nada. Sí el Anciano mira, de vez en cuando, a la silla vacía de la derecha y luego sigue compartiendo la sopa calentita. Aparta la madre la sartén de la lumbre y de ella va cogiendo los trozos de lomo de orza recién cocinado. Pone a cada uno su ración en el plato y los acompaña con las patatas asadas en las ascuas de la lumbre. Luego coge tres vasos, los llena de zumo de granada criadas en la huerta grande del Cortijo de la Viña y endulzado con miel de romero y antes de sentarse, susurra:

- Esta es nuestra gran cena de Nochebuena. Espero que os guste y espero que también, como nosotros y en estos momentos, muchas personas en el mundo, se reúnan y cenen juntos. Y que el cielo, a todos ellos y a nosotros, nos siempre bendiga.

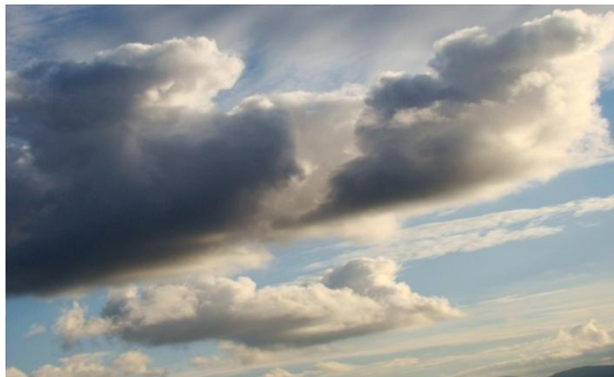
La niña mira fijamente a la madre y escucha con mucha atención las palabras que ésta pronuncia. Y al oír: “que el cielo a todos ellos y a nosotros. Nos bendiga”, recuerda las palabras que también unas horas antes ha oído de boca del Anciano: “Sin embargo, quiero que sepas, que yo creo firmemente que es muy importante desear las cosas en el corazón. Y esta noche, más. Todas las cosas buenas que deseemos para todas aquellas personas amigas que nos quieren o han querido, de alguna manera se harán realidad. Por eso creo que lo que

importa, por encima de todo y en esta noche, es recordar a las personas queridas y desear para todas ellas lo mejor. En algún lugar del Universo y algún día, todos nos encontraremos y tendremos allí con nosotros todo lo que siempre hemos apetecido y soñado en esta vida”.

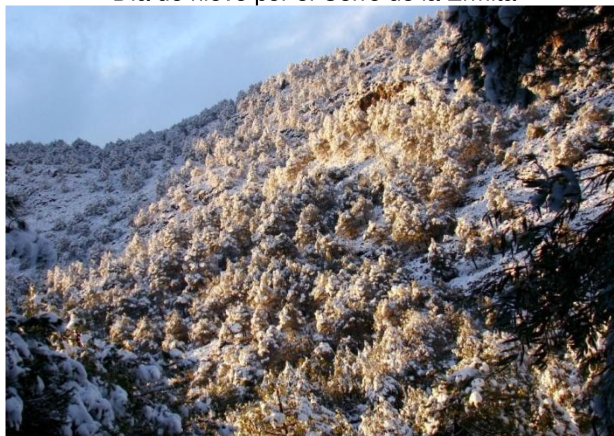
Después de las palabras de la madre, se hace un gran silencio. Comienzan a comer despacio y como recogidos en sí y, en el fondo, esperando. Pero nadie comenta nada. Las llamas de la lumbre, danzan dibujando un juego muy bello y los tizones chisporrotean. En las cintas de colores del árbol se refleja la luz de estas llamas y también iluminan, tenuemente y como besando, las figuritas de madera en el belén de la niña. Y ésta, mira como acariciando, tanto al árbol, como al belén y a la silla vacía en el rincón de la derecha. Fuera, la noche transcurre y se oye el viento. Todo está oscuro y lo único que se oye es el viento rompiéndose por entre las ramas de los cipreses en la puerta del cortijo. Y también muy al fondo, se oye la corriente del río. Y más al fondo y en una dimensión distinta, resuena como una música muy dulce donde el corazón del Anciano percibe sus risas y palabras mientras juga con la niña. Por eso también, y una vez más, se repite en su interior: “Mientras no te borres de mi alma, seguirás hermosa y tendrás vida. Mientras mi corazón te preste su calor, seguirás siendo dignas entre los humanos, en el cielo y antes los ojos de Dios.”

Granda, 29-12-2009

Las fotografías que siguen a continuación ilustran algunos de los paisajes y temas que se describen en los textos del relato.



Día de nieve por el Cerro de la Ermita







Madroños por el acantilado del río







Madroños, bellotas y frutos del almez





Frutos en la huerta grande y piñas de los bosques





Mandarinas, higos chumbos y flores de romero

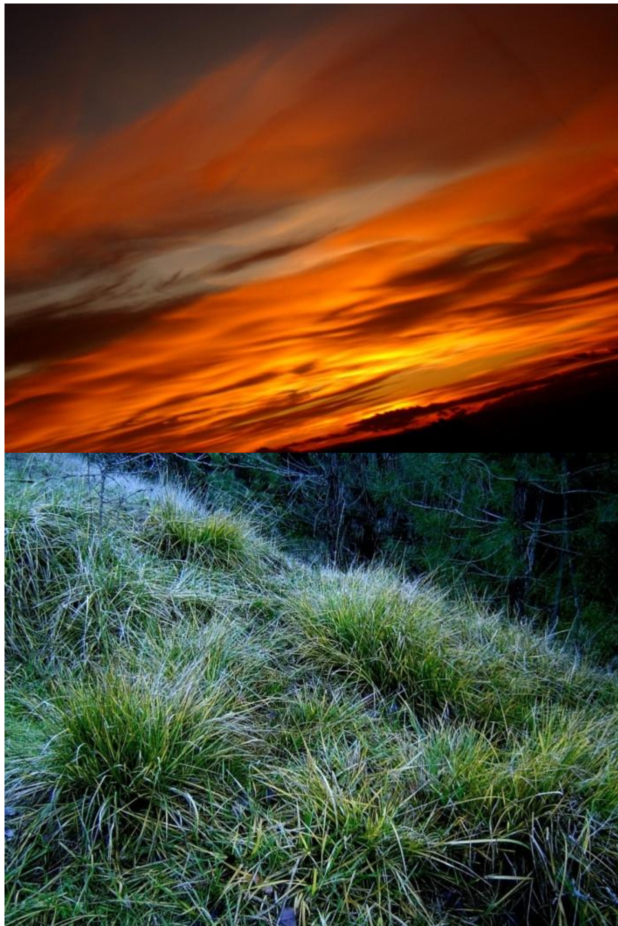


Ramos de flores de macasar





Nieve y atardecer por la Vega de Granada



Juncos, musgo y pinares por las tierras del Cortijo de la Viñas





Álamos por el arroyuelo de las alamedas

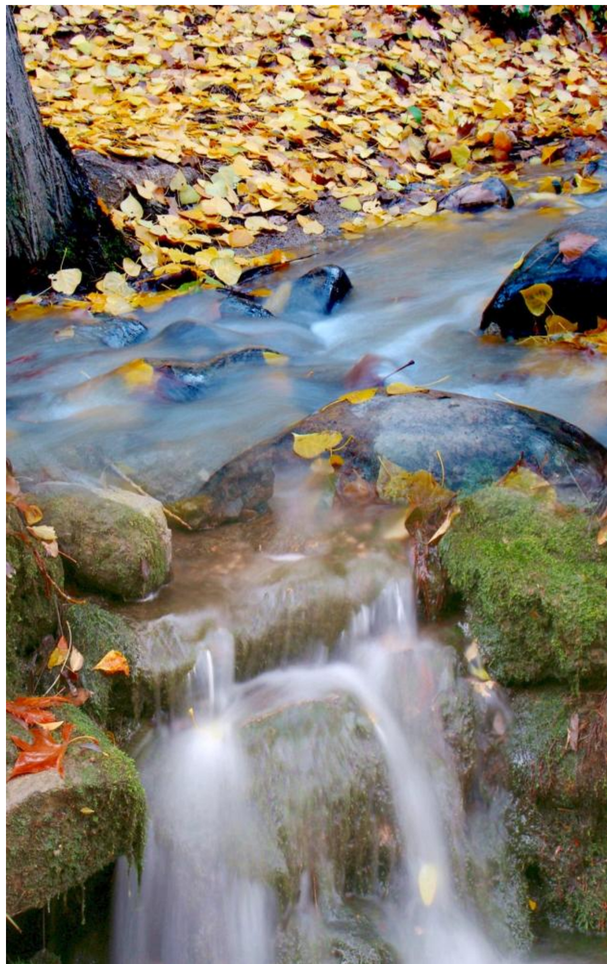


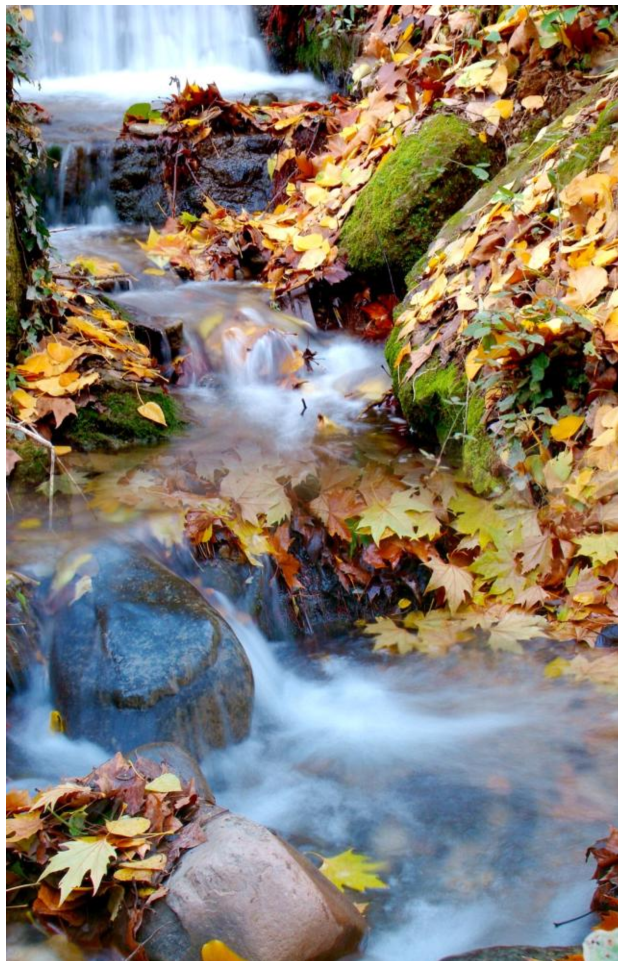


Alfombra de hojas otoñales











Arroyuelo de las alamedas, la Alhambra y algo de Granada





